

## AMÉRICO RICALDONI

(1867 - 1928)

Dres. Fernando Herrera Ramos y Rubén Gorlero Bacigalupi \*

"Nada tan fácil expresa Cantón, como ensayar la biografía del Profesor Américo Ricaldoni, bosquejando su silueta científico-moral, dada la corrección de sus líneas, originalidad mental, noble apostura, caudal de conocimientos, dones naturales de enseñanza apasionada de la juventud, infatigable servidor de los que sufren, enemigo tenaz de la enfermedad y del vicio, amigo leal de la virtud y el trabajo, enamorado de las artes, ciudadano ejemplar y hombre de bien".

Nació Ricaldoni el 21 de abril de 1867 en Montevideo, siendo bautizado en la Iglesia Matriz un año después. Fueron sus padres don Pedro Ricaldoni, distinguido educacionista que fundara y dirigiera el Colegio Nacional de enseñanza primaria y doña Filomena Saroldi, ambos de origen italiano.

A los cinco años comenzó a concurrir al establecimiento que regenteaba su progenitor. Cuentan sus biógrafos, que al principio se mostró bastante reacio a las disciplinas escolares, pero que luego se despertó en él un apasionado amor al estudio, que le permitió en pocos meses aprender a leer y escribir correctamente.

A los 17 años ingresó a la Facultad de Medicina, revelándose siempre como un infatigable trabajador, destacándose entre sus compañeros y siendo distinguido por sus profesores, doctorándose el primero de marzo de 1890.

El doctor Solís Otero Roca nos muestra al Ricaldoni de esta época con las siguientes frases: "Hombre precoz fue Ricaldoni, porque no tuvo juventud. No vivió esa edad llena de espejismos engañosos, de promesas falaces, de ilusiones que se desconocen... Ricaldoni no tuvo ilusiones juveniles. Meditad todo lo que este hecho comporta. De un salto pasó de la adolescencia a la madurez espiritual y física. Hombre maduro era a los veinte años. Maestro precoz fue Ricaldoni. Debía, al mismo tiempo que aprendía sus lecciones de estudiante universitario, preparar las que señalaba a sus discípulos como profesor. Por eso no conoció diversiones... por que aquella re-



Américo RICALDONI

\* Extractado de "Historia de la Facultad de Medicina" obra inédita.

nunciación a las cosas amables de la juventud, no le era impuesta por ningún rito severo. No por decisión de un implacable hado. "Fue con espíritu resuelto y ánimo esforzado que aceptó el requerimiento del deber filial. Ocupaba la dirección de aquel Instituto Nacional, que tanta luz irradiara en su época, don Pedro Ricaldoni, su padre. Maestro por vocación, un bello soñador, ecléctico mecenas, comprendió y divulgó su magnífico caudal en la fecunda plasticidad del espíritu de la juventud".

Poco tiempo después de su graduación contribuyó a fundar y dirigir la Revista Científica y más tarde la Revista Uruguaya de Medicina y Farmacia. Fue además fundador y primer Secretario de la actual Sociedad de Medicina, en su segunda época de 1893.

Al salir de la Facultad de Medicina, con su flamante título pero ya consagrado como maestro por sus discípulos y profesores, su modestia le llevó a abrir su consultorio médico en un barrio que, en aquellos tiempos, se encontraba algo alejado del núcleo ciudadano, en las cercanías de la Playa Ramírez. No obstante, en pocos meses y merced a sus destacadas condiciones y excepcional preparación, llegó a ser considerado como uno de los profesionales más distinguidos del ambiente.

Su ingreso a los cuadros docentes de nuestra Casa de Estudios Médicos, tuvo lugar en 1894, siendo relatado de la siguiente manera por el Profesor Carlos Brito Foresti: "... Por entonces dictaba los cursos de Terapéutica en forma interina, el Dr. Heguy; habiéndose efectuado el respectivo llamado para la provisión definitiva de la Cátedra, sólo se inscribió el Dr. Ricaldoni. Ante esta situación y de acuerdo con los Reglamentos vigentes, hubo que realizar un segundo llamado para el nombramiento definitivo de Profesor titular; habiéndose de nuevo solamente inscripto el Dr. Ricaldoni. Por entonces era Decano de nuestra Facultad el Profesor Elías Regules. Cuentan las crónicas, que hoy al ser repetidas adquieren tintes risueños, que el ex-Decano, Profesor Caraffi, expresaba que con la incorporación de Ricaldoni al cuerpo docente, dada su juventud, haría que la Facultad se viera transformada en una especie de Asilo Maternal".

Sea como fuere, lo cierto es que al poco tiempo de estar en posesión de su investidura, las clases de Ricaldoni, por su brillantez, despertaron gran expectativa tanto entre el alumnado como en el propio profesorado, alcanzando el joven catedrático enorme popularidad entre todos los sectores de la Facultad.

El 30 de junio de 1900 fue designado Profesor de Patología Médica y durante los doce años en que dictó esta cátedra se mostró como un eximio didacta, haciendo que sus lecciones fueran un modelo, no sólo en la exposición, fruto de sus amplios conocimientos y de una erudición poco común, sino también por la galanura y justeza del léxico empleado.

Su magnífico trabajo sobre "Lecciones y Enfermedades del Hígado", publicado en 1904, en momentos en que la patología hepática se hallaba en plena revisión, puso de manifiesto sus condiciones de observador, de clínico y de docente.

Su encumbramiento al rango de Profesor de Clínica Médica se produjo en el año 1912, cabiéndole la enorme responsabilidad de sustituir en esa alta jerarquía a una figura de los enormes quilates del Profesor Pedro Visca.

Si durante su pasaje por la Cátedra de Patología Interna, la personalidad de Ricaldoni había alcanzado contornos de excepción, fue en el desempeño de la Clínica que alcanzó sus proyecciones inmortales.

Bien ha dicho uno de sus discípulos, que "ayudado solamente por los datos semiológicos, por esos datos que tan bien había aprendido a buscar con su maestro Visca, fustigaba la tendencia suicida para las facultades

personales del médico, tan generalizada, en que recién se comienza a observar al paciente cuando ya se tienen los resultados de los análisis de todos los humores, la radiografía de todos los sectores orgánicos, o la biopsia de todas las tumoraciones existentes".

Repetidamente hacía notar como con este procedimiento, que a la postre anula y acaba con las virtudes de la observación y del raciocinio, lo único que se conseguía era la atrofia completa de las facultades por las cuales se desarrolla una correcta elaboración clínica, además que se desvirtuaba completamente la razón de ser de la medicina y de la propia dignidad profesional.

Admirador fanático del método, debió a él sus grandes aciertos en sus finos diagnósticos y en la elaboración de sus trabajos científicos.

No fue Ricaldoni el profesor egoísta que guarda celosamente los hechos fundamentales aprendidos a desentrañar en el fatigoso y constante quehacer diario hospitalario, sino que se mostró permanentemente como el maestro integral que tiene el placer de brindar generosamente su sabiduría, para de esa manera poder formar hábiles médicos, que en el ejercicio de su profesión puedan rendir a la sociedad el máximo de beneficios.

Su semblanza fue magistralmente realizada por Antonio Soto, que escribiera: "Era un hombre de físico menudo.

"Un tipo netamente meridional, enjuto, magro, nervioso, con el perfil aguileño, labios finos y ojos oscuros, llamantes. Constantemente daba la impresión de que en su arcano interior se desarrollaba una guerra única cuyo estrépito se empeñaba en acallar, por el imperio de una voluntad consagrada al fondo armónico de la ciencia ennoblecida por el arte".

"Hablaban bien, pero escuchaba mejor. Mientras lo hacía, delante del enfermo, tenía la rara sabiduría de sonar finamente con la mirada y separar con pinzas intelectivas lo que había de fabuloso en cada drama, llegando a la verdad desbrozando la ficción. Mucha gente se quedaba confusa ante aquella sonrisa de espíritu enigmático, aquella sonrisa de Ricaldoni, que tenía todo el estilo, de ese rictus que Mefistófeles parece complacerse en proyectar, como una proyección de su soberbia, sobre el rostro de los talentos más agudos. Pero cuando el maestro cerraba los ojos, para meditar sobre el dolor del prójimo en esqueleto y sofocaba en sus labios la sonrisa, lo que entonces tomaba transparencia era su frente espaciosa y sobre ella ese signo de confianza que pone el dedo de Dios en las mentes que buscan la verdad con aliento religioso".

La vida luminosa del Dr. Américo Ricaldoni abarca un amplio período de nuestra historia médica. Fue centro y cumbre de una época, donde era muy difícil alcanzar renombre y fama. Investigador, estudioso, clínico consagrado, tuvo que vencer fuerzas enormes para llegar al sitial del privilegio.

Con enorme disciplina preparaba sus trabajos científicos y sus admirables lecciones clínicas, todo lo que, en su inmensa mayoría, era producto de la rica experiencia adquirida en el Hospital de Caridad o en el Hospital Italiano, donde también desarrollaba sus actividades.

Maestro de la semiología, supo sacar del examen practicado al enfermo, hasta el más mínimo detalle que le sirviera como dato de valor para llegar a establecer un diagnóstico positivo.

"Al comienzo de sus clases, relataba uno de sus frecuentes auditores, su palabra era lenta y de tono tan bajo, que sólo era escuchada desde las cercanías. Era la etapa de la disección de los síntomas, luego, alzando la voz, con admirable habilidad y certeza clínica, se abría paso entre las intrincadas manifestaciones patológicas. Su palabra era entonces clara y de tono alto e iba

acompañada por gestos discretos y elocuentes, que parecían tener el don de producir aún más claridad en el proceso evolutivo de su diagnóstico. Sus clases magistrales sobre estados leucémicos y paraleucémicos, clasificación de las enfermedades nerviosas, hipertensión intracraneana, la ceguera y su relación con las enfermedades del sistema nervioso, las dispepsias, fueron sin duda alguna modelos de alta docencia".

Enseñó medicina, pero más que eso, inculcó a sus oyentes la imperiosa necesidad de poseer una fuerte e inquebrantable ética médica. Narra uno de sus más distinguidos discípulos, el Profesor Juan C. Plá, que cuando Ricaldoni hizo practicar por primera vez la esplenectomía, en un caso de púrpura, consiguiendo con ello un éxito brillante, sus colaboradores le insinuaron la conveniencia que existía en publicar este resultado, con el objeto de asegurar la prioridad de la observación. A pesar de que todo estaba en orden y que el enfermo estaba perfectamente estudiado, Ricaldoni se negó rotundamente a estas sugerencias, haciéndoles notar que lo juicioso y aconsejable era esperar nuevas comprobaciones, para así poder asegurar la bondad del tratamiento instituido, puesto que no se debía olvidar que no siendo la Medicina una ciencia exacta, otros factores imponderables podrían haber influido en la curación obtenida.

Cuando un año más tarde, pudo repetirse la intervención, y nuevamente el éxito coronó las esperanzas puestas en la indicación quirúrgica, recién entonces resolvió Ricaldoni dar publicidad a los hechos comprobados, pero, acota el profesor Plá, ya entonces se había perdido la prioridad bibliográfica, al haber sido presentados en ese lapso otros trabajos sobre el mismo tema.

El 5 de febrero de 1915 era llevado al sitial de Decano de la Facultad de Medicina, cargo para el que fuera reelecto en 1918.

Si la actuación del Dr. Américo Ricaldoni en la docencia alcanzó relieves de excepción, siendo sin lugar a dudas uno de los más consagrados profesores con que contara nuestra medicina, es quizá durante el ejercicio del Decanato donde adquirió sus principales proyecciones.

Las realizaciones de Ricaldoni desde este alto puesto fueron tan vastas, abarcando tantos sectores de la enseñanza y de la correcta marcha administrativa de la Facultad, que valoraremos su actuación en su justa medida, dando énfasis a sus más destacados proyectos.

Uno de sus primeros mensajes presentados al Consejo en el mes de marzo de 1915, propiciaba la sanción de los "Cursos Extraordinarios y Conferencias Libres". Expresaba Ricaldoni como preámbulo de su iniciativa: "La Facultad de Medicina admitirá, sea en el año escolar o durante el período de vacaciones, el funcionamiento en sus anfiteatros, laboratorios y clínicas, de Cursos Extraordinarios, obligatorios o facultativos, y de Conferencias Libres, a cargo de su propio personal docente, o de personas no pertenecientes al profesorado oficial".

Este proyecto abría generosamente las puertas de la enseñanza libre, dando preferencias, como es lógico, al Cuerpo de Profesores Agregados, pero admitiendo también aquellas personas que por su preparación especial o consagración particular a un capítulo de la medicina, pudieran brindar positivos beneficios para una más acuada capacitación de la juventud estudiosa.

Otra de sus ideas importantes fue la referente a los "Exámenes Agrupados", presentada también al poco tiempo de comenzar sus funciones como Decano, la cual encará una verdadera reforma en el sistema clásico de rendirse los exámenes y en la integración de las mesas examinadoras.

Por esta iniciativa se contemplaba la facultad de poder rendir las diferentes asignaturas de cada año escolar, en

una o en varias sesiones; de esta manera, y en defensa de este principio, señalaba Ricaldoni, que se obligaría al estudiante a la preparación conjunta de un grupo de materias que al integrar un mismo ciclo, están en íntima conexión, formando un todo orgánico, que no convenía que se perdiera al efectuar el estudio separado o individual de cada una de ellas.

Defendió con entusiasmo su plan de "Agregaciones y Provisión de las Cátedras en la Facultad de Medicina", plan por el cual se creaban tres distintas categorías de profesores: Titulares, Agregados y Honorarios, haciendo resaltar que de esta manera se cumplirían más satisfactoriamente las funciones de la enseñanza, al mismo tiempo, que con la jerarquía de Profesores Honorarios, se impediría la pérdida para el Organismo de aquellos elementos, que al haber llegado a un límite de edad, debían reglamentariamente ser desvinculados de los cuadros docentes.

Pero la imaginación creadora del Profesor Ricaldoni, no se dió por satisfecha con iniciativas de tal envergadura, sino que empleó todas sus energías en despertar el entusiasmo por la investigación y por la formación de verdaderos técnicos en la ciencia experimental. Con este objeto planificó cuidadosamente la "Escuela de Medicina Experimental", la cual como lo hace constar expresamente, no debiera ser un instituto al estilo del Pasteur, Rockefeller u Osvaldo Cruz, sino que sería a la vez Escuela, donde la juventud estudiosa tuviera la oportunidad en prepararse en las disciplinas de la experimentación, capacitándose eficazmente para las investigaciones que más tarde podrían llevar a cabo.

Se ha dicho acertadamente que los Decanatos de Ricaldoni estuvieron caracterizados por inundar el ambiente universitario de grandes inquietudes, abrir nuevas perspectivas a la juventud y por haber señalado a la profesión los senderos de un hondo humanismo.

Profundo defensor de la más estricta honradez profesional, de lo cual dió pruebas en todo momento, defendió con calor su idea de Juramentos de Graduados de la Facultad de Medicina, expresando en la exposición de motivos que la acompañaba, lo siguiente: "Nuestra antigua Colación de Grados que después de un prolongado abandono, mereció ser, en parte, restablecida por el Poder Ejecutivo, constituía, sin duda alguna, un momento de singulares y bellas emociones en nuestra vida universitaria. En una sala, llena de luz y de colores, el graduado, al recoger de manos autorizadas su diploma, evocaba, por un centelleo de su mente, todos sus afanes y sus inquietudes pasadas, al mismo tiempo que veía proyectarse ante él, en perspectiva confusa, las grandes y angustiosas responsabilidades del futuro".

"Y era entonces que, en medio del inmenso silencio de una solemne expectabilidad, afirmara su fe en las ciencias que se le enseñaran y su voluntad de servirla con honesta y ardiente devoción".

Admirador ferviente de la ciencia francesa, de la cual siempre se consideró alumno y estrechamente ligado, tuvo la preocupación de la universalidad de los conocimientos, convencido que no se puede ser maestro si no se conocen los principios fundamentales de la filosofía y de la historia, o no se saben apreciar los deleites de la literatura o del arte.

Permaneciendo fiel a estos principios se esforzó por conseguir la extensión de la cultura médica, que sostenía, no podía ser de manera alguna puramente técnica. La Escuela, expresaba, hace sólo peritos, pero no médicos en la amplia acepción de la palabra.

La imprescindible necesidad de poseer una cultura general para poder ser un buen médico, fue defendida por Ricaldoni como un verdadero imperativo, solo así se po-

dría penetrar y comprender los problemas y tragedias de los pacientes, muchas veces más crueles y profundas que el propio dolor físico.

Estudiar la técnica médica es fundamental, sostenía, pero lo es también educar y disciplinar los sentimientos, tendiendo a que el profesional luzca en su alma las cualidades más nobles y bellas. "Hacer respetable la investidura que se lleva, es honrar la medicina, honrándose a sí misma".

En esta íntima convicción de que el médico debía tener una preparación completa es que deben verse los dos proyectos del Profesor Ricaldoni de estricta índole cultural: el de las Conferencias Literario-Musicales en la Facultad de Medicina, y el de Decoración Artística-Histórica-Alegórica de los edificios de la Facultad de Medicina.

"Nuestro Salón de Actos Públicos, decía Ricaldoni, descansa en un perpetuo silencio al lado de una agitada colmena que no se atreve jamás a tentar su acceso, como si de hacerlo pudiera resultarles males sin cuento, castigos y suplicios, que en los tiempos de la fábula, provocara la rebeldía de Prometeo. No será, sin embargo, revolucionar un orden de cosas establecidas, pretender que nuestra sala de fiestas, a la que dentro de nuestro gimnasio se le ha reservado un emplazamiento dominante, cumple su objeto, llamando de tiempo en tiempo, como al toque de bronces sagrados, a maestros y aprendices para reconocerse y reconfortarse mutuamente. Porque, en efecto, allí debe dejarse sitio tan sólo para las reconstrucciones tranquilas del Arte, la Ética, o de la misma Ciencia, destinadas a ampliar la visión intelectual de los oyentes y a educar sus sentimientos y su conciencia".

Maestro del alma, no temió las rebeldías ni conoció los desalientos; no temió las críticas ni los pronósticos

de aquellos que presagiaban un fracaso absoluto para sus veladas literario-musicales, o para sus planes de cultura artística dentro del ámbito de la Facultad. Con relación a ello, bien expresaba la Dra. Nylia Molinari Calleros, al decir: "Rompió los rancios principios del siglo XIX, buscando armonizar el espíritu de la juventud hacia una nueva organización, donde la ciencia y el arte se hermanaran para desentrañar la verdad con la belleza".

En 1925 era elegido por el Consejo Directivo de la Facultad de Medicina, para desempeñar la reciente creada Cátedra de Clínica Neurológica, que al año siguiente y siguiendo las directrices impuestas por el propio Ricaldoni, se transmormaría en el Instituto de Neurología.

Entre las distinciones otorgadas al Profesor Américo Ricaldoni en mérito a su contribución excepcional al progreso de las ciencias médicas y cargos desempeñados en el curso de su actividad profesional se encuentran: Doctor Honoris Causa de la Universidad de Río de Janeiro; Miembro Honorario de la Academia Nacional de Medicina de Río de Janeiro; Miembro correspondiente de la Sociedad Médica de los Hospitales de París; Vocal de la Comisión Nacional de Caridad y Beneficencia Pública; Vocal del Consejo Universitario; Médico fundador del Hospital Italiano; Fundador y Redactor de la Revista Científica y de la Revista Uruguay de Medicina y Farmacia; Fundador y primer Secretario de la actual Sociedad de Medicina de Montevideo.

Su obra científica comprende innumerables comunicaciones y trabajos presentados a Congresos, Sociedades y Revistas de índole médica, versando sobre los más variados temas de la patología.

Su vida se extinguió el 6 de julio de 1928, y en reconocimiento a los servicios prestados a la intelectualidad uruguaya, el Gobierno resolvió que sus restos fueran inhumados en el Panteón Nacional.